

# LA HISTORIA: EL LABORATORIO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Juan Alejandro  
Gutiérrez de Lara

El presente trabajo versa sobre las principales reflexiones que se han dado en la historiografía contemporánea, sobre todo centrándose en el denominado “giro lingüístico”, llamado también “giro cultural” o “historiográfico”, donde se dio un viraje a los análisis históricos desde el punto de vista lingüístico y hermenéutico.<sup>1</sup> También se presenta el desarrollo que ha tenido la historiografía hasta nuestros días con el fin de insertar el análisis de la relación entre la historia y las otras disciplinas sociales, para proponer posibles caminos que pueda tomar el trabajo interdisciplinario.

*El “giro lingüístico” en la historiografía contemporánea*

En la década de los años setenta se dieron cambios significativos en la forma como se concebía y se escribía la Historia; los movimientos estudiantiles de la década anterior en París, Berkeley, Praga, México, entre otros, cuestionaron tanto el capitalismo en Occidente, como el régimen soviético, y, a la vez, pusieron en tela de juicio los modelos sociales científicos comunes y el

---

<sup>1</sup> Partimos de las reflexiones que ha hecho el historiador Georg G. Iggers en sus tres artículos ubicados en el libro colectivo de Morales Moreno, *Historia*. Éstos serán citados más adelante con puntualidad.



Jóvenes sometidos por la policía de París en mayo de 1968.

materialismo histórico, pues ambos parten de concepciones macrohistóricas, donde conceptos como clase, Estado o mercado resultan imprescindibles para explicar la sociedad como un todo. Dicha explicación basada en las estructuras y los procesos sociales dejaba de lado a grupos sociales que habían sido marginados de los estudios históricos; asimismo, se mostraba poco interés por aspectos de la vida cotidiana. De ahí que se pasara de una “historia total” a otros tipos de modelos y enfoques que fueron representativos de la denominada “nueva historia cultural”, donde se transitaba de las estructuras y los procesos, a la cultura y a las experiencias cotidianas, respectivamente; además, por ejemplo, de que la relación explotación-dominación ya no se explicaba desde la política y la economía, sino desde múltiples relaciones interpersonales

donde se dan las relaciones de poder. En muchos sentidos, como explica Goerg G. Iggers: “Foucault reemplazó a Marx como analista del poder y de su relación con el conocimiento”.<sup>2</sup>

A su vez, muchos historiadores empezaron a cuestionarse sobre si la historia podía ser denominada ciencia, además de cómo se le debía entender o interpretar como tal. Lawrence Stone<sup>3</sup> fue uno de los historiadores que tomaron en cuenta estas consideraciones, ya que rechazaba la idea de una explicación científica coherente de la historia y, al mismo tiempo, afirmaba que la forma literaria en la escritura de la historia no podía ser sometida a una reconstrucción realista y a indagaciones racionales; lo anterior, en contrapelo de las corrientes posmoder-

2 Véase Iggers, “Lawrence”, p. 210.

3 Véase Stone, *El pasado*.

nistas, cuestionaban, sobre todo, “la forma artística” de la historia, la distinción entre hecho y ficción, y la relación entre historia y poesía.<sup>4</sup> Esto porque las teorías posmodernas de la historiografía parten de la idea de que la escritura de la historia no se refiere a un pasado histórico real, por lo que algunos autores, como Roland Barthes y Hayden White, han afirmado que la historiografía no difiere de la ficción, simplemente es una forma de ésta.<sup>5</sup>

Ahora bien, a partir del siglo XIX, la historia que había sido elevada a ciencia y considerada como una disciplina profesional, muchos historiadores buscaron eliminar sus elementos retóricos; sin embargo, hasta el siglo XX –y todavía en éste que comienza– la historia no perdió sus cualidades retóricas y literarias, sino que las conservó. De esta manera todavía posee elementos que la vuelven tan singular respecto de otras disciplinas sociales: la historia todavía está considerada como un arte. Pero el problema suscitado entre el conocimiento y la realidad tiene un papel fundamental en la teoría lingüística; la ciencia moderna le dio preponderancia al lenguaje, pues es la vía para la transmisión de conocimiento significativo, y, por ejemplo, para los estructuralistas, el ser humano se mueve a partir de un marco de estructuras que lo determinan, y no al revés.

Y fue a partir de las aportaciones de la teoría lingüística, sobre todo las ideas de

Ferdinand de Saussure, que el pensamiento histórico tomara en serio las concepciones del lenguaje; es más, dio lugar al denominado “giro lingüístico” que surge en los Estados Unidos:

...el principal elemento de este “giro” consiste en el reconocimiento de la importancia del lenguaje o el discurso en la constitución de las sociedades. [Pues] ahora las estructuras y los procesos sociales que se consideraban determinantes de una sociedad y una cultura se ven cada vez más como productos de una cultura entendida como una comunidad comunicativa. Este énfasis en la centralidad del lenguaje se ha introducido en buena parte de los estudios académicos recientes en historia política, social, cultural e intelectual. Pero, mientras algunos escritores extrajeron consecuencias muy radicales de la teoría lingüística y redujeron la historia a la semiótica, en la cual la sociedad era concebida como cultura y la cultura como una “red de significado” –semejante a un texto literario que desafía la reducción a una realidad más allá del texto–, otros historiadores vieron el lenguaje como una herramienta para abordar la realidad social y cultural.<sup>6</sup>

Cabe destacar que el “giro lingüístico” en los estudios históricos ha tratado de romper con el determinismo propio de los enfoques socioeconómicos a éste, y ha puesto énfasis en los aspectos culturales, donde el

4 *Ibidem*, pp. 211-212.

5 Iggers, “El giro”, p. 213.

6 Sobre la teoría literaria y el “giro lingüístico” véase *Ibidem*, pp. 215-219.



lenguaje es determinante, pero no se trata simplemente de pasar de una interpretación social a una lingüística, sino que ambas se relacionan. De ahí que el análisis lingüístico, tal como lo señala Iggers, “ha probado ser una herramienta complementaria importante en los estudios recientes de la historia política, social y cultural”.<sup>7</sup>

Para las décadas de los años ochenta y los noventa del siglo pasado, se dieron cambios drásticos en la Unión Soviética y en Europa

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 230.

oriental. Dichos cambios, imprevistos en esa época, minaron la confianza de las ciencias sociales más antiguas, que habían planteado la posibilidad de la explicación social coherente, así como de la historia cultural que había descartado sobre todo el contexto político de la cultura de la vida cotidiana. Algunos historiadores, como Francis Fukuyama en su famoso estudio *El fin de la historia*,<sup>8</sup> habían previsto la consolidación del modelo económico occidental y de la democracia representativa en el mundo. Sin embargo, los acontecimientos posteriores echaron abajo dichas predicciones, los cambios inesperados en el orden mundial replantearon preguntas a los historiadores, por lo que se tuvo que recurrir a nuevos marcos explicativos, pues la investigación histórica no podía seguir los lineamientos hasta ese momento utilizados.

<sup>8</sup> Fukuyama, *El fin*.



Caída del muro de Berlín.

Sólo para ejemplificar lo que estaba sucediendo con las ciencias sociales en general: la escuela de los *Annales* emprendió una reorientación en los años noventa, su famosa revista que tenía por subtítulo *Economies, sociétés, civilisations*, que utilizó después de la Segunda Guerra Mundial, cambió por el de *Histoire, Sciences Sociales*, dicho cambio estuvo precedido de intensos debates entre sus editores. Sin embargo, el cambio de nombre puso en evidencia que las condiciones políticas y sociales habían cambiado notoriamente, y que las ciencias sociales en general habían entrado en una crisis profunda. Si bien el título que se sostuvo por alrededor de cuatro décadas había degradado la política como ocupación central de la historia, y con ello había hecho a un lado la narración, con el nuevo título se volvía a poner énfasis en la política, donde los personajes volvían a tener un papel decisivo: pero no se excluían la sociedad y la cultura, sino que estas últimas eran enmarcadas en el contexto político. De esta forma, indica Georg Iggers:

La relación cercana entre la historia y las ciencias sociales habría de permanecer, pero la economía, la sociología y la ciencia política habrían de recuperar la posición que habían perdido en los *Annales* de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, lo que no significaba un regreso a la antigua historia diplomática ni a la economía que trabajaba con modelos abstractos separados de un contexto

político y social más amplio. Los números de *Annales* de los años noventa reflejaban esta reorientación.<sup>9</sup>

Cabe destacar que esta vuelta a la política y a las ciencias sociales en la escuela de los *Annales* no significó un abandono de los antiguos intereses y preocupaciones, sino que representó una ampliación del alcance de los estudios históricos. No sólo eso, los cambios en Europa a partir de 1989 y el renacimiento del fundamentalismo religioso, a la par del particularismo étnico, propiciaron que se revitalizara el interés por el pasado; de ahí que la historia y las ciencias sociales buscaran nuevas perspectivas y modelos explicativos comunes, con la finalidad de tratar de entender e interpretar la nueva “realidad” mundial.

#### *La historia y las ciencias sociales*

A finales del siglo XX, los principales movimientos políticos y sociales ocurridos alrededor del mundo trajeron consigo el replanteamiento de las ciencias sociales; para explicar los nuevos fenómenos y contextos sociales, muchos científicos sociales, como los historiadores Jacques Revel y Jean Boutier, empezaron a establecer un diálogo más directo entre las diversas disciplinas; un ejemplo claro de esta situación fue la reorientación de los *Annales*, cambiando el subtítulo de la revista de *Economies*,

9 Sobre estos cambios véase Iggers, “Desde la perspectiva”, pp. 236-239.

*sociétés, civilisations, a Histoire, Sciences Sociales*. De ahí que Immanuel Wallerstein indicara la necesidad del diálogo interdisciplinario, ya que no debían existir monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a personas con determinado título universitario. Además agregaba:

Después de todo ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociólogo no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos sino una obligación de todos los científicos sociales. Los problemas económicos no son propiedad exclusiva de los economistas, las cuestiones económicas son centrales para cualquier análisis científico social y tampoco es absolutamente seguro que los historiadores profesionales necesariamente sepan más sobre las explicaciones históricas, ni los sociólogos sepan más sobre los problemas sociales, ni los economistas sepan más sobre las fluctuaciones económicas que otros científicos sociales activos.<sup>10</sup>

No obstante, a pesar de que la interacción entre las ciencias sociales pueda ser —o es por demás— fructífera,<sup>11</sup> por lo menos, en

<sup>10</sup> Wallerstein, *Abrir*, p. 106.

<sup>11</sup> A este respecto pueden ser consultados los trabajos de Norbert Elias, donde como indica Gina Zabłudovsky refiriéndose a obras como *El proceso de la civilización* y *La sociedad cortesana*: “Elias desarrolla sus principales tesis con apoyo en los hallazgos y perspectivas teóricas de la psicología, la sociología y la historia, así como en la ciencia política, la economía y las relaciones internacionales”. Véase Zabłudovsky, *Norbert*, p. 44.

lo que respecta a la sociología, se debe tener cuidado, pues en aras de la interacción disciplinaria, ésta se podría fragmentar en una serie de sociologías especializadas, por ejemplo: la sociología de la familia, la sociología del conocimiento, etc. Haciendo más hincapié en la relación entre la historia y la sociología, Norbert Elias destaca que las nociones de direccionalidad y desarrollo resultan importantes para salvar la brecha que existe entre ambas disciplinas, además de que redundarían en su complementariedad. Afirma: “las restricciones de la historia para apoyarse en modelos que nutran sus interpretaciones se deben en gran parte a la distancia que ha establecido con la sociología, disciplina que a su vez ha padecido sus propias limitaciones”.<sup>12</sup>

Pero si pasamos de la relación entre la historia y la filosofía, la discusión se torna difícil, ya que el discurso filosófico sobre la historia trae consigo dos temores entre los historiadores. Tal como lo señala Roger Chartier, pues, por un lado:

...se presenta “el miedo a que se despierten los fantasmas dormidos de las “filosofías de la historia”, a la manera de Spengler o de Toynbee —filosofías “baratas”, según las palabras de Lucien Febvre, basadas en un conocimiento de segunda o incluso de tercera mano del trabajo histórico”, [y por otro lado] la inquietud ante un cuestionario cuyos temas clásicos

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 47-48.

no parecen pertinentes en la práctica de los historiadores. [Porque] las interrogantes, las incertidumbres y las vacilaciones que recorren de lado a lado la disciplina parece que no han de encontrar ninguna ayuda en una aproximación en la cual los historiadores no reconocían nada, o casi nada, de su “oficio”.<sup>13</sup>

Debido a lo anterior, se entiende el distanciamiento entre ambas disciplinas, ya que, desde el punto de vista de un historiador, la filosofía –filosofía de la historia e historia de la filosofía– no se encuentra en la historia tal como se ha definido desde hace varias décadas. Refiriéndonos sólo a la historia de la filosofía, en los principios de la escuela de los *Annales*, se puede decir que ésta era considerada como lo peor de una historia intelectual extemporánea, dedicada al juego de las ideas puras y, sobre todo, cerrada en ella misma. Por ejemplo, Lucien Febvre se refería en los siguientes términos a los filósofos dedicados a la filosofía de la historia:

De todos los trabajadores que llevan el calificativo de historiador, precisado o no por algún epíteto, no hay ninguno que no nos lo justifique en algún aspecto, salvo, bastante a menudo, de los que se dedican a repensar por su cuenta sistemas que a veces existen desde hace siglos, sin tener ningún cuidado en establecer la relación con las otras manifestaciones de la época que los vieron nacer,

y, así, al final hacen justamente lo contrario de lo que reclama un método de historiadores. Y que, ante los engendros de conceptos surgidos de inteligencias extemporáneas, que inmediatamente tiene vida propia fuera del tiempo y del espacio, urden extrañas cadenas de eslabones, a la vez irreales y firmes.<sup>14</sup>

El descontento con la historia de la filosofía se debía a que ésta postulaba una obsoleta libertad de la creación intelectual, pues estaba totalmente desligada de sus condiciones materiales, sociales, políticas, entre otras; además, las ideas carecían de relación respecto al contexto en que eran formuladas. No había una articulación con lo que Febvre denominaba el “mundo de las realidades”, y puesto que la historia de la filosofía es también filosofía:

Al constituir la historia de la filosofía a partir de la interrogación filosófica misma –y sólo a partir de ella–, al afirmar la imposibilidad de referir el dato filosófico en el momento y en las condiciones propias de su formulación, la historia de la filosofía, monopolio de los filósofos, ha instituido una deshistorización radical de su práctica, que, a la vez, expresa y refuerza la posición eminente de la filosofía en la jerarquía de las disciplinas. [En Francia, por ejemplo] la modalidad estrictamente internista y estructuralista de la historia de la filosofía ha eclipsado, por su propia fuerza, las

13 Chartier, “Filosofía”, p. 281.

14 La cita es del libro *Combates por la historia* de Lucien Febvre, citado por Chartier, “Filosofía”, p. 282.

otras formas posibles de la relación entre la disciplina y su historia.<sup>15</sup>

Sin embargo, sería provechoso que ambas disciplinas retomaran el “diálogo”, puesto que problemas como: la delimitación de los objetos, las formas de la escritura y los criterios de validación del saber, al momento de ser conceptualizados, han necesitado de la filosofía, ya que ésta se encamina a centrar los debates metodológicos en un problema epistemológico, que tiene como objetivo el régimen de conocimiento de la historia. Por tal motivo es benéfico “comprender cómo las relaciones mantenidas por las dos disciplinas han definido progresivamente su identidad propia, llevar a [la] historia las preguntas de la filosofía y elaborar “filosóficamente” los problemas encontrados por la práctica historiadora”.<sup>16</sup>

Ahora bien, si nos centramos en la relación de la historia y la política, vemos que han tenido cercanías y divergencias. No obstante, creemos que hay una relación simbiótica, pues la política depende en mayor medida de la historia; esta última no podría concebirse sin la primera. He aquí que compartimos la siguiente frase de François Dosse: “Nacida de lo político, la historia fundamenta la política en una solidaridad y un destino colectivos”.<sup>17</sup>

Como ya se mencionó líneas arriba, si bien la corriente de los *Annales* se divorció momentáneamente de la política (antes del nacimiento propio de la disciplina), en el sentido de que la historia política –al menos como se le había concebido desde mucho tiempo atrás– había perdido preponderancia en la historiografía, con la crisis de las dos últimas décadas del siglo XX, ésta fue retomada por la escuela francesa y los estudios de historia política tuvieron otra vez preponderancia, pero ya no fueron elaborados a la vieja usanza.<sup>18</sup> Lo anterior es importante porque, como ya se había enunciado, en la década de los años setenta respecto a los *Annales*:

El rechazo del análisis ha conllevado que *Annales* despreciase los fenómenos históricos esenciales de su época. Lo mismo pasa hoy. La enciclopedia sobre la nueva historia, aparecida en 1979, no trata de lo político. Precisa añadir el clima actual que empuja a la despolitización y confirma este rechazo de lo político. “La larga duración querida por la nueva historia es una larga duración despolitizada”.<sup>19</sup>

15 Sobre estas ideas véase *ibidem*, pp. 83-85.

16 *Ibidem*, p. 301.

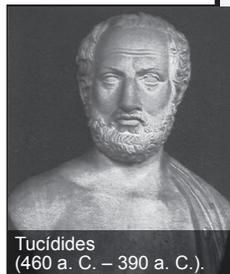
17 Dosse, *La historia*, p. 213.

18 Aquí se entiende la política ya como ciencia política, denotando cualquier estudio de los fenómenos y de las estructuras políticas, conducida de manera sistemática, apoyándose en el amplio examen de los hechos expuestos con argumentos racionales. Cabe destacar que la ciencia política, entendida actualmente, nace en Europa occidental en la década de los años cincuenta del siglo XX; hasta la Segunda Guerra Mundial no podemos y no se puede hablar de ciencia política como tal, pues es más bien una disciplina cautiva de los enfoques jurídico-históricos predominantes. Véase Sartori, “Hacia”, p. 349.

19 *Ibidem*, p. 215.

De esta forma, se emprenden estudios despolitizados, pero en cambio, con el desarrollo de la ciencia política y su vinculación inherente a la historia, ya no se estudiaban las grandes gestas de los reyes, la historia diplomática y demás; sino que ahora se podían emprender estudios tales como de sistemas partidistas y/o electorales, de política comparada, de formas de representatividad, etc. Así, como dice Norberto Bobbio:

...la ciencia política es [...] una disciplina histórica, o sea, una forma de saber cuyo objeto se desarrolla en el tiempo y está en continua transformación: lo que hace imposible de hecho uno de los procedimientos fundamentales que permite a los físicos y a los biólogos la verificación o falsificación de sus propias hipótesis, esto es la experimentación. [Pues] no se puede reproducir una revuelta de campesinos en el laboratorio por razones más que obvias, entre las cuales la más significativa es la siguiente: una vez reproducida no sería más una revuelta (piénsese en la relación entre una acción escénica, que se puede repetir indefinidamente, y la realidad representada: el Hamlet de Shakespeare no es el príncipe de Dinamarca realmente vivido).<sup>20</sup>



Tucídides  
(460 a. C. – 390 a. C.).

20 Bobbio, *Diccionario*, p. 6.

Una vez que se ha planteado la relación de la historia con algunas de las otras disciplinas sociales, es conveniente hablar sobre la funcionalidad y utilidad de la historia, y su alcance interdisciplinario. Hace ya muchos años, Marc Bloch trató de dar respuesta a una pregunta que un niño le hizo a su padre: “Papá, explícame para qué sirve la historia”,<sup>21</sup> pregunta al parecer simple pero en realidad profunda, de la que bien debieran de hacerse eco los historiadores para tratar de dar respuestas satisfactorias, pues tiene que ver con la legitimidad de la historia misma.

Son muchos los historiadores que con el afán de legitimar la Historia la han elevado al rango de ciencia, pero se considera que más que preocuparse por si ésta puede ser considerada ciencia como tal, simplemente le basta con tener “un poco” de rigor científico, en el sentido de que no se debe tratar de encasillarla como ciencia en *strictu sensu*, ya que la Historia no necesita de estos títulos ni de ningún mote para que su trabajo tenga validez, y con ello proporcione respuestas a las inquietudes del presente.

Tucídides, uno de los historiadores clásicos, escribió:

...aquellos que quisieran saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil y provechosa mi historia; porque mi intención no es componer farsa o comedia que dé placer por un rato, sino una historia provechosa que dure para siempre.<sup>22</sup>

21 Bloch, *Introducción*, p. 9.

22 La frase es de Tucídides de su libro *La guerra del Peloponeso*, citado por Pereyra, “Historia”, p. 12.

"Atenea junto a las Musas".  
Frans Floris, 1560.



62  
1

Siguiendo a este autor, se debe considerar la historia más que una ciencia, un oficio, el más viejo de todos, donde los trabajos de los historiadores busquen “la verdad de las cosas pasadas” y que lo que escriban sea una “historia provechosa”.

La Historia tal vez no puede generar conceptos, categorías y establecer grandes teorías, como lo hacen las demás disciplinas sociales. Sin embargo, cualquier disciplina social no puede prescindir de la historia, pues necesitan de ésta para contextualizarse y tener rigor histórico, el cual

les es inherente. En cambio, la Historia, cual siempre ha sido ama de la casa, pone a las demás disciplinas a realizar el “trabajo sucio”; de esta forma, las otras disciplinas crean categorías y/o conceptos, que después la Historia les pide prestados para los estudios que los discípulos de Clío elaboran. No obstante, la interacción entre las demás ciencias sociales con la Historia es una relación simbiótica, es decir, todas están interconectadas y ninguna puede deslindarse o prescindir de las demás: en eso radica la interdisciplinariedad.

## Hemerografía

### Revistas

Sartori, Giovanni, “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, en *Política y gobierno*, vol. XI, núm. 2, segundo semestre de 2004, pp. 349-354.

### Bibliografía

Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, tr. Pablo González Casanova y Max Aub, Fondo de Cultura Económica, México, 3ª reimpresión, 2003.

Bobbio, Norberto et al., *Diccionario de política*, Editorial Siglo XXI, México, 1993.

Chartier, Roger, “Filosofía e historia: un diálogo”, en Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México, 1ª edición, 2005, pp. 281-304.

Dosse, François, *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*, tr. Francesc Morató i Pastor, Universidad Iberoamericana, México, 2006.

Fukuyama, Francis, *El fin de la historia*, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.

Iggers, Georg G., “Desde la perspectiva de los años noventa”, en Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México, 1ª edición, 2005, pp. 234-242.

\_\_\_\_\_, “El “giro lingüístico”: ¿el fin de la historia como disciplina académica?”, en Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México, 1ª edición, 2005, pp. 213-233.

\_\_\_\_\_, “Lawrence Stone y The Revival of Narrative”, en Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México, 1ª edición, 2005, pp. 208-212.

Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, Instituto Mora, México, 1ª edición, 2005.

Pereyra, Carlos, “Historia, ¿para qué?”, en Pereyra, Carlos et al., *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI Editores, México, 2005.

Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Wallerstein, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores /UNAM/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 8ª edición, 2004.

Zabludovsky, Gina, *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.